

I

Cinematógrafo y poesía

Me opongo a los espectáculos populares porque considero que todo buen espectáculo lo es. La prueba es el cinematógrafo que va mucho más allá del público que asiste al teatro. El gran público no prejuzga. Nunca juzga según el autor o los intérpretes. *Cree*. El mejor es el público infantil.

Una película realizada sin ninguna concepción moral ni social, pero con pasión, corre el riesgo de ser mal vista a través de la lente deformante del público especializado; una vez superada esa etapa, puede respirar, caminar, vivir. Nuestro papel consistirá en fabricar una mesa y que sea sólida, no en hacerla girar. Un ebanista no puede ser espiritista y viceversa. Las luces y las sombras sumergen al público de cine en una hipnosis colectiva que se parece en mucho a una sesión de espiritismo. Y entonces, la película expresa otra cosa que lo que ella es. Algo que nadie podía prever. En cualquier caso, la dosis de amor que contiene tendrá más efecto sobre la multitud que cualquier artificio espiritual.

En síntesis: no conozco ni élite ni tribunal que puedan atribuirse la prerrogativa de decidir lo que provocará una película en su trayectoria futura. Cuando se juzga una película, únicamente se debería hablar de su estilo, su potencia expresiva. El resto es un misterio y lo será siempre. (Discurso pronunciado en el Instituto de Altos Estudios Cinematográficos el 9 de septiembre de 1946)

NOTAS EN TORNO AL CINEMATÓGRAFO

Al pedido que me hacen habría que responder con un libro. La extensión de un artículo no se ajusta a un tema con tantas aristas y ramificaciones.

Para simplificar, no hablaremos aquí de un cinematógrafo acorde al gusto actual de los artistas. Ese otro cinematógrafo, aún desconocido, dará vida a los volúmenes, las sombras y las perspectivas sin seguir trama alguna. Hay algunas películas que dan una idea de cómo podría ser. Por ejemplo, casas que se erigen solas, letras del entreacto que brotan en un instante como un explosivo, la sorpresa que causan las cámaras rápidas y lentas.

* * *

La inversión en una película obliga al cinematógrafo a afrontar gastos enormes, y aún no veo que un espectáculo totalmente nuevo sea posible.

* * *

Una falsa perfección amenaza el arte del cinematógrafo. Así, actualmente, el teatro muere.

¿Por qué nos gusta el circo, el café concert? Porque en ellos aún encontramos esos colores, esas síntesis, esos recortes brutales que esta “perfección” suprime de los escenarios.

A fuerza de poner en escena *verdaderos* sillones, *verdadera* comida, *verdaderos* trajes, *verdaderos* escándalos, poco a poco se liman las asperezas, se le quita al teatro toda su potencia expresiva.

* * *

Hay una grave confusión entre semejanza y realidad.

Una escena de payasos es *semejante*. Por más que se los considere poco serios, unos simples artistas de music hall, los payasos Fratellini sintetizan en una palabra, en un gesto, un suspiro, una mueca, cuatro actos de una obra de teatro de tesis. Le dan a la mente una ilusión de realidad que tiene tanto relieve como algunas pinturas murales del ilusionismo arquitectónico italiano.

* * *

Al hombre le gusta imitar, ver una imitación u oírla. Viejo hábito de mono, sin duda. No se da cuenta de que la buena semejanza se obtiene cuando nos distanciamos del modelo *de determinada manera*.

* * *

La mala semejanza inspira en los chinos una leyenda reveladora. Un pintor –cuentan– pasa toda su vida trabajando en la figura de un tigre, llega a ser tan perfecto que sale del lienzo y lo mata.

* * *

La falsa perfección fomenta la pereza del espectador, su espíritu ya no intenta recorrer la distancia entre un objeto, un sentimiento y su figuración. Demanda el objeto mismo, en crudo, simplemente iluminado por las candilejas.

* * *

El cinematógrafo sólo tolera esa figuración en la comedia porque en ella encuentra un plus de comedia.

Gran parte del público aplaude a Chaplin a causa de ese malentendido. Sí, a la multitud le gusta Chaplin, ese joven inigualable. ¿Acaso sabe que la explicación de esa sonrisa hay que buscarla en el *Intermezzo lírico* de Henri Heine?

* * *

El público se incomoda ante cualquier cosa que presenta un carácter singular. Aquello que sale de lo habitual le parece ridículo. Aún escucho las risas cuando William Hart bebía de un balde en *La mujer que mintió* [*The Aryan*].

Se ríen de las escenas más nobles: el nacimiento de un insecto, los hábitos de los pulpos, un partido de tenis en cámara lenta.

Me objetarán: sus teorías, que exaltan lo accidental y el encanto del azar, no nos dan aquello que queremos. ¿No escribió usted: *hay un momento en que toda obra se beneficia del prestigio del boceto*? “¡No hay que modificarlo más!”, exclama el amateur. Es en ese momento cuando prueba suerte el verdadero artista.

Ciertamente, si un artista perfecciona una obra sin quitarle la frescura del boceto nos encontramos frente a una obra maestra. ¿Pero podemos pedirle ese esfuerzo de carácter individual a una empresa colectiva?